

con frecuencia de que en Rusia se preocupaban menos de la inteligencia que del proletariado, me interesó conocer autores rusos, y me encontré con que estaban más prósperos que mucho de los que he visto en Inglaterra, y que eran autores que nunca trataron de pedirme dinero prestado. Y yo les dije: "¿Pero vosotros sois la inteligencia?" Ellos me replicaron: "Nosotros no somos la inteligencia; somos el proletariado intelectual".

La razón por lo que en Inglaterra no podemos hacer nada por el público es que tenemos un sistema parlamentario, el orgullo y la admiración del mundo capitalista, que ha alcanzado tal límite de eficiencia, que necesita treinta años para hacer lo que se resuelve en media hora, aunque sea urgentemente necesario. En Rusia se hace un trabajo de media hora en media hora. No hay Parlamento ni ninguna de esas tonterías. Hay Cuerpos que discuten la política; pero cuando hay que hacer un trabajo, siempre se le encarga a un dictador. Esto es, se elige a una persona para que lo haga bajo su responsabilidad. Si lo hace mal, esa persona fracasa. Sabe que tiene que resolver bien su tarea, y si no lo hace así, tiene que dejar su puesto libre para que otro que lo sepa hacer mejor. Nadie puede aparecer, después de haber hecho una cosa mal, diciendo: "Me han elegido democráticamente, y no hay nada más que hacer". No hay peligro de que Stalin escoja a un hombre porque es el hijo mayor de un duque o porque le conoció la semana pasada en una comida.

**No hay distinción de clases.**—Ese motivo ha desaparecido, y no hay manera de descubrir otros motivos. Nadie se puede enriquecer, y sólo se pueden mantener en sus puestos cumpliendo con su obligación. Por lo tanto, no existe la selección de clases, como la que tenemos en nuestro país. Y esto, naturalmente, es el no verse completo nuestro sistema; lo que nosotros llamamos democracia, en vez de crear responsabilidades, las destruye, y la única gente que hace algo es la que tiene el inmoral motivo de hacerse rico. Y cuando entre el socialismo en este país, tendremos que introducir ese sistema desde el principio hasta el fin.

Voy a decir una palabra sobre lady As-tor. Dijo a los rusos que no podrían pasarse sin Dios, y que volverían a la religión. Pefo no es necesario que vuelvan a la religión. Están llenos de ella. La Iglesia griega y la Iglesia rusa eran Iglesias fracasadas. La gente de Inglaterra se horroriza cuando oye que una de las grandes catedrales rusas la han transformado en un museo antiteológico; pero yo os aseguro que visité este museo y que sentí deseos de resucitar a Martín Lutero, o a un grupo de cristianos de Belfast. Todo el museo es un ataque al clero. Los curas cogían y cogían, y el pueblo no recibía nada.

**Una institución religiosa.**—Pero el caso es que toda la institución es, necesariamente, religiosa. No se trata de decir a la gente: "Tendréis más que comer y menos que trabajar". Aquella gente está llena de un impulso puramente espiritual. Un hombre irreligioso es un hombre que se cuida, que cuida de su estómago, de tener una buena casa, un hombre incapaz de sentir que su suerte está ligada a la suerte de la comunidad que le rodea. Un hombre religioso, en cambio, es un hombre que se aburre de su persona, y que puede contribuir a que el mundo sea mejor, que desea un futuro mejor que el pasado, que trabaja por algo más grande, más importante que su perso-

na. Esta es la esencia de la religión: trabajar por cosas que están fuera de uno mismo, sin que esto sea un sacrificio. Así se vive más abundantemente.

En cuanto a la Tercera Internacional, yo dije que, al final, tendría que surgir un conflicto entre la Iglesia y el Estado, en el cual el Estado ganaría, y sugerí que la Tercera Internacional llegaría a tener un conflicto serio con el sistema soviético. Y creo haber leído en la expresión de la gente que me estaba escuchando que algo de eso estaba ya empezando a ocurrir. Es posible que algún día sea el Estado soviético la autoridad suprema, y la Tercera Internacional tenga que ocupar el segundo puesto.

## Persiflage

—Colaboración directa—

### El clavel bajo la influencia de la Sarah

Para Salarrué, el salvadoreño de los cuentos como sueños, para que me busque una perla más honda que el mar, pero chiquitita como la pupila del clavel moreno, donde guardar, sin acordarme de ella, la pena que ayer no tuve, y hoy tengo, y mañana no volveré a tener.

A la Sarah israelita le importan poco los versos. Es decir, los versos griegos. Sus profetas hebreos sí que se los sabe bien, y sus salmos, y su Salomón, que no fue Salomón, y su Eclesiastés amargo que los comentaristas han procurado endulzar sin lograrlo. Y ese espíritu suyo la Sarah israelita se lo va infiltrando al clavel moreno. Hoy saludé al clavel con luminosa frase griega, del dialecto eolio; con versos de la primera estrofa de la oda a Anactoria:

*Par de los dioses parecele a Safo  
quien a tu lado aspirando tu aliento  
oye tu voz . . .*

Y ella, a quien Sarah la israelita instruye, me respondió en hebreo con palabras del cantar de acción de gracias de Hannah que está en el Libro de Samuel:

*No hables con tan excesivo orgullo, ni  
permitas que la arrogancia salga de  
tu boca; porque el Señor es Dios de conocimiento,  
y por él las acciones son juzgadas . . .*

Y es cierto que rió el clavel, pero algo noto en ella que me inquieta.

¿Había contado que ya no dormimos juntos? Ella duerme con la Sarah. Yo, que no quisiera otra cosa que estar a su lado noche y día,—para quien no hay flor, no, ni fruta, si no me sabe a ella,—excepto cuando todos nos reunimos de velada no puedo verla. Nos encontramos ayer, en un corredor, por casualidad, y creyéndonos solos los dos, la tomé en mis brazos que ya me dolían de desearla, y la dí un largo beso, de los que le gustaban, y la apreté hasta que le crujieron los huesos exquisitos que soportan la tan dulce carga de su carne. Ella luchó por escaparse, pero no pudo. A la noche, a la velada, la Sarah israelita, que todo lo había visto, hizo burlas de mí.

—¿Qué diréis, dijo, de quien abraza y besa por fuerza, como ví hacer esta mañana a cierto Niño Perdido a quien aún no hallamos en ninguna parte?

El clavel moreno se puso tinto de rubor. Tenía los ojos bajos. La Sarah siguió diciendo:

"Cuando tenía la edad de esta criatura, más o menos,—eso sí, era más desarrollada que ella,—mi madre favorecía a un Vicochen, muy rico pero nada de mi agrado, que me cortejaba. Por obediencia, delante de mi madre siempre toleré que me hiciese el amor. ¡Lo hacía mal! Para hacerlo bien tienen que estar dos acordes. Y no me llegó a importar mucho la insistencia del Vicochen. Pero un día quedamos solos por primera vez. Vehementemente se vino él a mí con "Ahora sí podemos besarnos" y el resuello espeso y ruidoso. De dónde saqué fuerzas, no lo sé. El caso es que le dí formidable puñetazo, como de Sansón, sobre la oreja. Desde entonces es sordo del oído izquierdo el Vicochen que me pretendía. Después de viuda le he vuelto a ver. Viene él a Alejandría ¿quién no?, año tras año. Mucho temí que me guardara rencor. Pero es gran caballero. "Aún tengo bueno el otro oído", me dijo el pobrecito".

Todos reímos el cuento de la Sarah israelita, excepto sólo el clavel moreno (¡Ay, amor, qué fuerzas tendrán tus puños para hacerme saltar el tímpano del oído?).

Pensando ese pensamiento iba a abrazarla delante de todos. En eso entró Timas, la esclavilla griega de la Sarah israelita, a quien instruyen en el Museo y que tiene fama de linda voz. Me aplacó, llenándome de tristeza, con su cantar de aquella melodía del Hipólito en que se hace lamento del destierro del mancebo. Dice así:

*¡No más, O mi espíritu,  
somos sin mácula:*